



FRANCIS YOUNGHUSBAND

POR EL HIMALAYA

EXPLORACIONES POR ASIA CENTRAL,
KARAKÓRUM Y PAMIR

LA LINEA DEL HORIZONTE
ediciones

SOBRE EL AUTOR

Sir Francis Edward Younghusband (Murree, Pakistán, 31 de mayo de 1863 – Lytchett Minster, Inglaterra, 31 de julio de 1942).

Fue una de las grandes figuras británicas en la exploración del Karakórum y el Himalaya y obtuvo por ello, muy pronto, la Medalla de Oro de la Royal Geographic Society, siendo elegido su miembro más joven. Pasado el tiempo fue uno de sus presidentes.

Militar de profesión, sus exploraciones por Asia Central y el Himalaya comenzaron de forma temprana, cuando se incorporó al Queens Dragon's Guard en el regimiento de Rawalpindi, actual Pakistán. Transcurrían los años del Gran Juego, por lo que los descubrimientos de vías y pasos en el Himalaya eran vitales para las ambiciones de Inglaterra y Rusia. Tras sus primeras exploraciones de la cordillera pasó a desempeñar diversos cometidos para el Servicio Político en India y estuvo al mando de la misión militar que acabó de facto con la invasión británica del Tíbet, la ocupación de Lhasa, y el Tratado Anglotibetano de 1904 que acarreó la huida del XIII Dalai Lama a Mongolia.

Explorador, militar, espía, geógrafo, periodista, alpinista, escritor, profesor, fue todo un personaje y en los últimos años lideró el World Congress of Faith, fundado por él mismo en 1936. Creía en el espiritismo y en la comunión de valores de otras religiones para fundamentar una fe basada en múltiples creencias de matiz holístico, incluso en la idea de la existencia del planeta Altair como espacio radiante de una nueva humanidad.

SOBRE EL LIBRO

Si la palabra aventura aún desprende aroma, Younghusband la ilumina y aporta alguna de sus mejores fragancias: voluntad, azar, romanticismo, creación... Se cumple este año el 150 aniversario de su nacimiento pero, apenas tenía veinte años cuando partió en busca de lo que llamó «el verdadero espíritu del Himalaya», quizás un estado de plenitud, de comunión con la existencia, abundantemente descrito por los amantes de las cumbres. Entre 1886 y 1889 realizó dos expediciones que le valieron de inmediato la Medalla de Oro de la Royal Geographic Society. En este hermoso y emocionante relato, inédito en nuestro país, se cuenta los pormenores de esta temprana aventura. Fue escrito cuarenta años después y por ello transmite con serenidad la vehemencia juvenil y el goce por los soberbios paisajes himaláicos.

En su primera exploración partió de Pekín, atravesó el Gobi, reconoció el paso de Mustagh, hasta llegar a Cachemira. Era la ruta comercial principal entre Yarkand y la India, cinco mil quinientos kilómetros que, desde los tiempos de Marco Polo, ningún europeo atravesó: «Había superado todas las dificultades, había cruzado el gran desierto, había atravesado el Turquestán de una punta a la otra, había conquistado el Himalaya. Y ahora mi destino estaba a la vista. Fue un momento dulce, delicioso». Sólo unos meses después, en 1889, emprende la segunda exploración que se narra aquí, para establecer las posibilidades de protección de otra ruta comercial por los desconocidos pasos del Karakórum y el Pamir, sobre todo el Saltoro y Shimshal; atravesar Hunza y volver a India a través de Gilgit y Ladak. En esta expedición

se queda extasiado ante la visión del Everest, por lo que años después creó el Comité que auspició las expediciones de 1921, 1922 y 1924 que se cobraron las vidas de George Mallory y Andrew Irvine.

Personaje poliédrico, contradictorio, apasionado, su biografía contiene claroscuros y perplejidades propios de quien transgrede los márgenes. Su responsabilidad en la invasión y matanza del Tíbet llevada bajo su mandato, sus cuitas espirituales en busca de una nueva religión, o algunas de sus excentricidades biográficas, sin duda dan la talla de un personaje nada común que, en estas páginas, muestra el rostro de la pasión y la voluntad de vida.



[Por el Himalaya de Sir Francis Edward Younghusband
en Google Maps](#)

Por el Himalaya

EXPLORACIONES POR ASIA CENTRAL, KARAKÓRUM Y PAMIR

Título original: *Wonders of the Himalaya*
Autor: Sir Francis Edward Younghusband



Título de esta edición:
Por el Himalaya. Exploraciones por Asia Central, Karakórum y Pamir



Primera edición en la línea del horizonte ediciones: diciembre de 2013
© de esta edición: la línea del horizonte ediciones, 2013
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com
Tel: +00 34 912 940 024



© de la traducción y notas: Adolfo Muñoz y Ricardo Martínez Llorca
© del prólogo: Ricardo Martínez Llorca
© de la maquetación y el diseño gráfico: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico



Fotografías de cubierta:
Retrato del autor de William Quiller Orchardson y Pico en Kunlun de Robert Shaw



ISBN ePub: 978-84-15958-19-2
IBIC: WTLC- WTLP- WSZG-1FKAH-1FL



Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Por el Himalaya

EXPLORACIONES POR ASIA CENTRAL, KARAKÓRUM Y PAMIR



FRANCIS YOUNGHUSBAND

Traducción: Adolfo Muñoz Ortega
Prólogo: Ricardo Martínez Llorca

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

COLECCIÓN SOLVITUR AMBULANDO | CLÁSICOS

SOBRE EL AUTOR

SOBRE EL LIBRO

Gramática de la resurrección
PRÓLOGO DE RICARDO MARTÍNEZ LLORCA

CAPÍTULO UNO
Primer permiso en el Himalaya

CAPÍTULO DOS
A Shimla por Kulu[20]

CAPÍTULO TRES
Del Turquestán a la India

CAPÍTULO CUATRO
El paso de Mushtag

CAPÍTULO CINCO
A través de Cachemira

CAPÍTULO SEIS
Rusos y bandoleros

CAPÍTULO SIETE
Encuentros con los kirguises

CAPÍTULO OCHO
En busca del paso de Salto

CAPÍTULO NUEVE
Grandeza y reflexión

CAPÍTULO DIEZ
El bastión de los bandidos

CAPÍTULO ONCE
Encuentro con los rusos

CAPÍTULO DOCE
Hunza

CAPÍTULO TRECE
El secreto del Himalaya

SOBRE LA COLECCIÓN

GRAMÁTICA DE LA RESURRECCIÓN

Quien hoy quiere huir de este maldito estercolero, si se lo puede permitir, se paga una visita a la Ruta de la Seda. En veinte días atraviesa, a la velocidad con que avanza el fuego en un reguero de pólvora, el espacio que va de Estambul a Beijing. Apenas dispone de tiempo para los aromas a especias de los mercados asiáticos. Los tiempos de ruta están muy medidos y las agencias de viajes evitan cualquier improvisación. No conviene enfadar a los clientes si se pretende mantener una suculenta cuota de mercado. De esta forma, quien pretende evadirse de ese enemigo que se conoce como realidad, no deja de participar de ella, pues nada hay más propio de la realidad que la intromisión del orden. Resulta complicado deshacerse de esa seriedad de hombre realista que rige parte de nuestras vidas, la región más cotidiana de nuestros días y nuestras noches. Nos resistimos, como buenos realistas, a que las cosas se escapen de nuestro control y, por tanto, luchamos porque permanezca el orden.

Conocer a gente como Francis Younghusband (Murree, actual Pakistán, 1863 – Lytchett Minster, Inglaterra, 1942), al menos al Younghusband que uno puede frecuentar a través de libros como éste, que es de lo que trata el prólogo, nos conduce a ciertas ideas que son más intuiciones que certezas. Una de ellas dicta que no hay menos problemas psíquicos en el realismo que, por ejemplo, en el romanticismo.

En un universo regido por la realidad se le niega el paso a la principal fuerza de la naturaleza, que es el azar. En un universo romántico, al azar le estará permitido actuar a plena potencia. Younghusband, como buen aventurero, elige el universo romántico en el que el mundo ya no es un maldito estercolero. Se desvincula de la realidad, con autoidad moral en el texto, con delirios en su vida emocional. Younghusband sospecha, desde esa juventud a la que regresa en este libro, que el azar es aventura y que es creación, que es naturaleza y que, por último, terminará siendo para él vida espiritual. Entre las grandes cumbres encuentra aquellas facetas que dieron significado a su existencia: fue militar y como tal exploró militantemente para su imperio; fue un viajero solitario, o al menos solitario al no hacerse acompañar por ningún otro occidental en muchas ocasiones, y en ese aspecto conquistó la libertad del hombre autosuficiente; fue escritor para divulgar las dos pasiones que consideraba suficientes como para justificar al cosmos: la belleza y la fe religiosa. Se transformó en un personaje poliédrico y contradictorio, descompensado por sus exaltaciones hasta caer en la barbarie.

Younghusband comenzó su vida viajera como un disciplinado militar, ansiando permisos que le permitieran trasladar su existencia a los peligrosos pasos de montaña, y culminó sus días impulsando la hipótesis de *Gaia*, esa que identifica el espíritu de la Tierra como el de un ser universal, y manifestando su convencimiento de la capacidad de transformación del alma que poseen los rayos cósmicos, o el núcleo energético del universo que se halla en el planeta Altair. Y sus hipótesis espirituales nacen en las cumbres nevadas y en la escasa respiración a cinco o seis mil metros de altura, donde el oxígeno nos reduce a la mitad de lo que somos, donde la naturaleza rebaja hasta nuestro orgullo y nos exige esfuerzo. Y el esfuerzo será otra de las claves de su obra, de su ideología, de su religión.

Hoy en día las agencias de viajes ofrecen completar un recorrido de diez mil kilómetros en veinte jornadas. Younghusband invierte ese tiempo en encontrar un paso de

montaña que comunique dos valles contiguos en el Himalaya. Y cualquier paraje o cualquier trozo de roca, el hielo o la tormenta, cualquier peligro, se transforman en prodigios nada más percibirlos. Al igual que resulta un prodigio la compañía de unos hombres admirables, recios, con los que se comunica, a juzgar por lo que uno deduce de sus textos, en el lenguaje universal de la mirada.

Younghusband les cede el privilegio de ser ellos los auténticos descubridores. Se reconoce como el primer occidental en atravesar a pie los pasos de montaña que rodean el glaciar Baltoro o la meseta de Pamir, pero no como el primer hombre en recorrer esas rutas. Ese privilegio les pertenece a ellos, a los asiáticos. Y este ánimo de explorador, tan lleno de respetuosas energías y de un enérgico respeto, fue prerrogativa de muy pocos, de los mejores: de Francis Younghusband, del insuperable Richard Burton. Al igual que Burton, que consideraba que África la descubrieron los africanos, Younghusband sostenía que el Himalaya y el Karakorum los descubrieron los baltíes, los gurkhas, los sherpas. En una época en que imperaba el occidentalismo, la concepción de que el centro del mundo se encontraba no muy lejos de la línea que une París y Londres, la convivencia que el joven Younghusband recuerda haber poseído con los habitantes de las tierras que visitaba resultaba un verdadero atrevimiento, en el que cae tal vez subyugado por la imprecisión del deseo de bonhomía, posterior a su etapa de cierto delirio imperial. La memoria de esa convivencia, tamizado por su ansia de ser bueno, se aleja de la propia del señor con sus vasallos.

Hacia la mitad del libro, en apenas un párrafo, Younghusband despacha el episodio que tal vez mejor discrimine su carácter, su necesidad de volar. En 1888, Younghusband, que apenas cuenta con veinticuatro años, acaba de regresar a Inglaterra tras un periplo de siete meses en los que ha atravesado a pie la cordillera más descomunal del planeta, llegando a pisar glaciares con las suelas de unas botas tan desgastadas que apoyaba la descalza planta de los pies sobre la nieve y el hielo. Como premio a su valor, la

Royal Geographical Society le entrega su Medalla de Oro y le convierte en el miembro más joven de su comunidad intelectual. Younghusband pisa el salón principal de la institución, completando la línea continua que va desde Livingstone a Mallory, pasando por hombres como Burton, Speke, Mummery y T. E. Lawrence, y expone un relato completo de su aventura. A continuación se encuentra con una suerte de ataduras que jamás hubiera sospechado que existieran: doctores en toda suerte de ciencias vinculadas a la geografía le ametrallan a preguntas que pesan como condenas: «Los geólogos habían querido saber si había observado las rocas; los botánicos, si había recogido flores; los glaciólogos, si había observado los movimientos de los glaciares; los antropólogos, si había medido los cráneos de las gentes; los etnólogos, si había estudiado sus lenguas; los cartógrafos, si había cartografiado las montañas». Acomplejado, que es un sentimiento fácil de perdonar por tratarse de un sentimiento de juventud, Younghusband retorna a la India dispuesto a no volver a cometer ese tipo de pecados de omisión.

Pero vuelve a cometerlos. O al menos los comete su memoria. Pues este libro, *Por el Himalaya*, en el que el estudio geográfico carece de peso, pertenece al ciclo autobiográfico, a esos libros en los que los años actúan de filtro para discriminar lo que de verdad importa. Anteriormente, Younghusband había reflejado sus experiencias en libros de viajes, costumbres y política exterior sobre la India, Tíbet o Cachemira. Y posteriormente agotaría los temas místicos y espirituales, sin olvidar las revelaciones que tienen lugar en las montañas o la telepatía, el amor libre o el panteísmo, aunque en este ámbito su mayor obra consistió en la fundación del [World Congress of Faiths](#) en [1936](#).

Pero al poner las cosas en su sitio, sirviéndose de los recuerdos, obvia aquello a lo que dieron importancia los eruditos de Londres: el estudio geológico es un obstáculo para la inmersión contemplativa en el paisaje. La recolección de flores un atrevimiento absurdo cuando a uno le interesa la vida a cinco mil metros, donde no existen otros

vegetales que los líquenes. Los glaciares son un avatar en el camino, que hay que sortear con algo que llamaremos respeto, aunque la palabra se nos queda pequeña. En cuanto a los cráneos de las gentes, poco importa su forma, ni siquiera la valía de lo que contienen, en comparación con los sentimientos que se fraguan dentro del pecho. Respecto a las lenguas, dado que su desconocimiento concluye en lamentos por no poder penetrar más y mejor en la condición humana, es fácil desear su estudio, que no es lo mismo que su filología, por la que le preguntaban. Queda, pues, la cartografía, una ciencia tan limitada que, como ya expresara Borges en su famoso cuento, para ser tan precisa que colme las aspiraciones del aventurero, debería levantar mapas a escala real.

De ahí que reniegue de esos grilletes intelectuales en sus siguientes viajes, muchos de ellos regidos por mandatos militares que acata sin juicio ni piedad, mandatos que consigue transformar en una excusa y un motivo para obtener financiación. A Younghusband no le alumbraba la luz del día, sino la linterna que porta en la mano. Y esas emociones, la de carecer de grilletes, la de desvincularse de algunas realidades que por instantes podrían haberle hecho más humano, y guiarse por la propia luz, son las que nos facilitan el sentimiento de libertad. Resulta complicado redactar una definición de libertad, pero muy evidente reconocer la sensación contraria. Y en el aventurero la libertad desempeña un papel fundamental, tanto para su espíritu como para su reconocimiento. Para su espíritu porque se siente parte armónica de la sinfonía de una obra, la propia, en la que está actuando. Para su reconocimiento porque provoca envidias en quienes se ven forzados a considerarse hombres realistas. Y tal vez la envidia cochina sea una de las malas derivaciones psicóticas del realismo, pues enfrenta, inevitablemente y en batalla, lo que somos con los ideales; con lo que desearíamos poseer en nuestra cuenta corriente o en nuestro currículum.

Ser dueño del don de la libertad, carecer de envidia, disfrutar de una energía sin límites, son características que